

tonio sanará sin remedio; pero tengo el sentimiento, ó más bien la honda pesadumbre, de repetirle lo que le dije al principio; á saber que es muy probable el funesto término de la enfermedad. Y como no quiero ocultarle mis esperanzas más lisonjeras, añadiré que la única que me resta es la que ofrece la juventud y buena constitución del enfermo.

Quiera el cielo colmar á Vdes. de todo linaje de consuelos, y con esto, me ofrezco á sus órdenes como su afectísimo amigo y obediente servidor q. s. m. b.



CARTA XIX.

MANUEL A MELCHOR.

S. Lázaro, 5 de Agosto de 1824.

Querido Melchor. Aprovechándome de una tregua que se me presenta, puedo, en fin, tomar la pluma, y enterarte de lo acaecido en este viaje, cuyo término, contra todo cálculo y esperanza, ha sido ver y abrazar á nuestro desgraciado Antonio. Mis cartas dirigidas á D. Pablo, te habrán tranquilizado al saber que el enfermo está fuera de peligro. Hay, sin embargo, ciertas confidencias que sólo pueden transmitirse á tí únicamente; porque si bien ese respetable caballero sospecha acaso todo lo que hay acerca de su hijo, no me parece oportuno convertir sus

presunciones en certidumbre, é hincar el puñal de una tribulación nueva en un pecho tan contristado y herido por demás. No ignoras cuál ha sido mi conducta para con él, respecto de mi correspondencia con Antonio. Verdad es que su inalterable circunspección jamás ha pretendido exigir de mí cosa alguna acerca de esto, y se ha conformado con solo aquello que me ha parecido conveniente comunicarle. Sírvate esto de regla, y no te olvides (que no te olvidarás) de seguir el propio camino. Yo estoy persuadido que D. Pablo, conocedor del mundo y de la necesidad que tiene su hijo de explayar su ánimo en el seno de sus amigos de la infancia, no querrá hoy obrar de diversa manera que antes.

Testigo fuiste de la desolación que reinó en aquella casa el día 21 del pasado, día funesto en que se recibió la última carta del Dr. Frutos. La impaciencia y el sobresalto del buen padre no me permitieron adoptar ninguna precaución para evitar que recibiese de lleno tan tremendo golpe. Habría partido volando, arrojándose á emprender un viaje que su edad y sus achaques hubieran hecho funesto. A duras penas, y no sin angustiarse demasiado el respetable anciano, hubo de conformarse con que yo solo me pusiese en marcha, y viniese á recibir el postrer aliento de un hijo nunca más ido-

latrado que cuando se hallaba ausente y en peligro. Pensar en un viaje por tierra en estación tan cruda, y cuando aún no existe una carretera formal entre Mérida y Campeche, habría sido una locura, pues consumiéndose seis ú ocho días en tan malos caminos, era imposible llegar á tiempo, si realmente era la fiebre de Antonio, como se figuró el Dr. Dancourt, una fiebre perniciosa, que en pocos accesos termina con la vida del paciente, si no puede cortarse desde el principio. No había más recurso que venir por mar, porque si bien era incierta la duración del viaje, había muchas probabilidades de terminarlo en menos tiempo que por tierra. Partí desde luego para Sisal, á donde llegué en cinco horas, y encontréme con que el "tío Moy," patrón de la barca "Envidia," iba á salir en la mañana próxima para Campeche. No malogré tan feliz ocasión, y á las nueve del día nos hicimos á la vela con viento favorable y mar en bonanza.

Jamás había presenciado un espectáculo tan magnífico como el que se ofreció á mi vista cuando, después de una noche tranquila y apacible, el sol de la mañana coloreó con hermosos y variados tintes el fantástico diorama que presentaba la bahía de Campeche, enfrente de la cual nos hallábamos entonces. Ocupaban el centro de una espléndida ense-

nada la ciudad, sus murallas, torres y baluartes. Prolongábanse á derecha é izquierda las afueras, perdiéndose los edificios entre bosques frondosos, sobre los cuales descollaban, con todas sus copas, los infinitos cocoteros que dan al puerto una vista verdaderamente asiática. Una serie de colinas, cubiertas de verde y espesa arboleda, servía de fondo á ese cuadro, que entero se reflejaba en un mar terso y tranquilo como un espejo, sobre el cual se deslizaban ligeros los barquillos de los pescadores, y permanecían como engarzadas las embarcaciones mayores.

Según se había explicado Antonio en sus cartas, desde el puerto en que me hallaba á bordo de la "Envidia," una legua mar en fuera, debía verse la fachada del hospital de San Lázaro. Descubríla, en efecto, sin necesidad de que me la indicasen. ¡Tan profunda ha sido la impresión causada por los relatos de mi amigo! Experimenté entonces un sentimiento tan vivo de dolor y de tristeza, que ya no me fué posible contemplar por más tiempo el espectáculo que se desarrolla á mi vista. Mis ojos fueron á clavarse fijamente en el siniestro y solitario edificio que servía á mi pobre Antonio de prisión y de tumba, sin otro término que la muerte, si aun ésta no había venido á arrebatarme de una vez para devorar su

presa. Creía por instantes mi afán de llegar y saber de cierto si aún era tiempo de recibir su postrer suspiro; y sin embargo temía salir de aquella cruel incertidumbre. El cielo quiso poner á prueba mi conformidad con sus designios. Salió por la proa un viento fuerte, que nos obligó á navegar á la bolina, manteniéndonos de vuelta y vuelta casi todo el día, sin poder llegar al punto de nuestro destino. Cuatro ocasiones pasamos tan cerca del hospital de San Lázaro, que con la simple vista descubrí hasta las personas que entraban y salían, siendo tal la ilusión que esto me causó, que llegué á representarme algunas escenas funestas, de las cuales no quiero hoy acordarme. Al fin tuvo Dios piedad de mi angustia, y llegamos al muelle de Campeche ya que el sol iba á ocultarse en el ocaso.

Dadas ligeramente algunas disposiciones, dirígeme al instante á casa del Dr. Frutos; y su familia, que no estaba en los pormenores del suceso del San Lázaro, sólo me instruyó de la ausencia del doctor, sin poder asegurarme en dónde le hallaría. Entretanto la noche cerraba del todo, y creí que más tarde sería imposible vencer los obstáculos con que podía encontrarme para entrar libremente en el hospital. Me informé de la morada del padre Chacón, antiguo y fiel amigo de D. Pablo; y supe que estaba á muy

pocos pasos de la casa del doctor. Aunque no llevaba recomendación ninguna para él, resolví, no obstante encaminarme á su casa, y rogarle me instruyese de lo que yo debía practicar para conseguir al punto el objeto que me proponía. El padre Chacón estaba fuera; pero encontréme felizmente con dos clérigos jóvenes, sobrinos suyos, uno de los cuales, con una luz por delante, ocupábase en iluminar un precioso dibujo, mientras que el otro, colocado enfrente de su hermano, se entretenía en coordinar los fragmentos de algunos antiguos idolillos y vasos de barro, dispersos con algún desorden sobre una corpulenta mesa, pintada caprichosamente. Desconcertéme un tanto al hallar de menos al padre Chacón; mas el clérigo anticuario acudió luego, preguntándome si en algo podría servirme.

—En mucho, señor mío, repuse al momento, resuelto firmemente á no malograr aquella ocasión propicia de salir del conflicto en que me veía.

El de los dibujos suspendió su obra; y el que me había dirigido la pregunta dejó de la mano sus tiestos, sorbió una regular dosis de rapé, y acercándose hasta donde yo estaba, díjome de la manera más franca y expresiva.

—Me tiene Vd. enteramente á sus órdenes.

—Me urge, continué yo, me urge mucho pasar de luego á luego al hospital de San Lázaro, en donde un hermano mío está en los últimos instantes de su vida, si es que aún no ha sucumbido. Vengo de Mérida, no hace una hora que estoy en tierra, jamás he visto á Campeche, y apenas sé lo que debo practicar para conseguir lo que tanto necesito: ver á mi hermano.

—Lo que debe Vd. hacer es venirse conmigo, dijo mi interlocutor, empuñando un bastón negro con guarnición de plata, calándose el sombrero clerical, y tomando la puerta sin mucha ceremonia.

Yo marché en pos.

Entró en un almacén cercano, habló dos palabras con el dueño, recibió de su mano una boleta, y continuó andando tan de prisa que apenas podía seguirle. Salimos de la puerta de San Román, atravesamos la lóbrega campaña sembrada de unos cuantos árboles antiguos, entramos en la pequeña iglesia é hicimos de rodillas una breve oración, proseguimos nuestra rápida marcha, y ya que habíamos dejado muy atrás las últimas casas del barrio, se detuvo, me entregó la boleta, y señalándome con el dedo un edificio que apenas se percibía en medio de la lóbreguez que reinaba, díjome sentando su mano derecha sobre mi hombro izquierdo:

—Allí tiene Vd. el hospital de San Lá-

zaro, en el cual puede Vd. entrar sin obstáculo, y (añado yo de mi propia autoridad) sin escrúpulo ni temor. El "lazariño" sólo es contagioso cuando Dios quiere, y no cuando lo mandan los médicos.

Mientras mi vista se esforzaba en penetrar las tinieblas, y enterarme de la situación del hospital, desapareció el buen eclesiástico, sin darme tiempo de expresarle mi gratitud por tan buena acción. Al encontrarme solo en aquel sitio de tan fúnebre apariencia, quedé petrificado de estupor. El murmurio de las olas, el fuerte soplo de la brisa, la profunda oscuridad de la noche, el brillo efímero de algunos insectos fosfóricos... todo venía á dar á mis ideas, harto melancólicas ya, un giro horrible que hacía estremecer las carnes, crugir los dientes y erizarse el cabello. Hallábame en una verdadera agonía.

Hice un esfuerzo, y comencé á encaminarme hacia el objeto que tenía delante. A poco andar, halléme frente por frente de la puerta, que estaba cerrada; pero escapábase por las rendijas uno ú otro rayo de una luz débil, que solía desaparecer por la frecuente interposición de algún objeto. Guiado de tan extraño fanal pude al fin acercarme, subí por una rambla, tomé el aldabón y dejélo caer sin esperar que produjese un ruido tan agu-

do como el que sentí ^{prolapse} por algunos segundos ^{causando} un eco lejano y ^{estrepitoso} que cuajó toda la sangre de mis venas. La enorme puerta giró al punto sobre sus goznes, y un anciano, ataviado de un modo raro, acercó á mi rostro una linterna para examinar-me, preguntándome aquella visión con voz de trueno.

—¿Qué busca Vd. en este sitio y á esta hora?

—¡Dios mío! exclamé yo sobrecogido de un terror profundo. Pues ¿en dónde estoy?

—¡En un cementerio!

Sentí que la vista se me oscurecía y se me doblaban las rodillas. Nada más supe de lo que ocurrió después, porque caí como muerto en el dintel de la puerta. Creí positivamente que había sonado mi última hora.

Cuando, pasado mucho tiempo, volví en mi acuerdo, la luna estaba ya sobre el horizonte, y dejaba caer oblicuamente sus pálidos reflejos, iluminando con su luz mortecina la tranquila escena que me rodeaba. Hallábame al aire libre, echado en una manta al pie de una cruz, y en medio de un recinto amurallado. A pocas horas descansaba tranquilo, sentado sobre un hosario, el extraño personaje, cuya voz me dejó sin sentido.

Aterrado de lo que veía y recordaba,

había caído á caer en nuevo deliquio, si el anciano, justificando su acento, no hubiese procurado tranquilizarme.

—Vd. se ha alarmado sin motivo, rezongó mi interlocutor. Ruégole me perdone si mi presencia ó mis palabras han podido influir en su espíritu de la manera siniestra que su turbación me ha dado á entender. Repóngase Vd. de su infundado temor, y prosiga en paz su camino, supuesto que este sitio no es seguramente el punto á que se dirigía; y ni Vd. ni yo debemos permanecer aquí por más tiempo.

—¡Ah! exclamé. Ignoro cómo he podido equivocarme: yo me dirigía al hospital de San Lázaro, y he venido á llamar á la puerta de un cementerio.

—De ordinario sucede de otra manera. Venir de San Lázaro y caer en este cementerio, que está bajo mi cuidado y vigilancia.

Un pensamiento cruzó rápidamente por mi alma.

—Perdóneme Vd., dije entonces. ¿Será Vd. por ventura nuestro amo Germán?

—Sí, señor: nuestro amo Germán el sepulturero.

¡Ah, qué felicidad tan inesperada!

Incorporéme al instante y estreché contra mi corazón al amigo sincero y desinteresado de Antonio. El sepulturero entretanto permanecía inmóvil, con los bra-

zos caídos, sin dar muestras de corresponder á mis arrebatos de ternura. Mirábame de hito en hito, como sorprendido de aquella familiaridad inesperada, pero que recibía con cierta especie de benevolencia. El ademán brusco de un hombre desconocido, que acababa de experimentar un arrebato de terror, no podía menos de llamarle la atención y picar su curiosidad.

—Permitame Vd. preguntarle, me dijo al fin: ¿qué halla Vd. de feliz en mi encuentro, y más en un sitio en que todo debe recordarle el término de la vida? Por lo que á mí hace, confiésole que me ha hecho perder dos buenas horas, que según la necesidad que yo tenía de emplearlas, me han parecido dos siglos. Esto no es decir que no estime la bondad con que se digna Vd. tratar á un viejo pobre y desvalido.

Ocasión era aquella de hablarle acerca de Antonio, pedirle me guiase al hospital, y me sacase de una vez de situación tan embarazosa. Mas de improviso agrupáronse en mi mente mil ideas fúnebres que me dejaron mudo. ¿Qué hacía allí nuestro amo Germán, cuando estaba prohibido sepultar en hora excusada? ¿Por qué había abandonado el lecho de su amigo moribundo para venir al cementerio? ¡Dios mío! ¡Si se habría consumado la desgracia que yo temía, y el sepulturero

oraba sobre la tumba de su amigo, cuando mi presencia vino á interrumpirle! Agobióme de tal suerte este negro pensamiento, que mis ojos comenzaron á vagar horriblemente sobre las fosas que me cercaban, algunas de las cuales estaban abiertas, y otras tenían la tierra recientemente removida. Algo de extraordinario hubo sin duda de pintarse en mi frente, sobre la cual caían de lleno los rayos de la luna, porque el anciano acudió luego en mi auxilio sacándome de aquel piélagó en que había caído.

—Vamos de aquí caballero: este aire le hace á Vd. mucho daño: ya está visto. Nunca se penetra en el recinto de un cementerio, sin que el pensamiento de la muerte venga á fijarse tenazmente en nuestra alma, como un remordimiento en el corazón de un criminal. Esto es un martirio para la generalidad de los hombres; pero á mí... gracias al Señor me sirve de un grato é inefable consuelo. Cuando vengo á visitar, en estas horas de misterio y de silencio, las sepulturas de mi cementerio, encuéntrome en comunicación con el mundo invisible en donde moran mis amigos y mis conocidos, olvidados ya en la tierra por todo el género humano. Entonces siento que mis penas se alivian, y la dulce paz del cielo vuelve á mi corazón.

El anciano lanzó un profundo suspi-

ro. Y como si hablara consigo mismo, prosiguió luego.

—La ausencia de algunas semanas... y... después... ¡Hasta hoy no he podido venir á llorar sobre la humilde sepultura de un desgraciado! En fin, (dijo convirtiéndose á mí), sea Vd. quien fuese, me parece que preferirá Vd. salir de este sitio, más bien que permanecer en él. Vamos.

Yo me dejé guiar maquinalmente hasta la parte exterior del cementerio. Había tal trastorno y confusión en mis ideas, excitadas por aquella posición tan singular en que había venido á caer, que me fué imposible aventurar ninguna observación, ni decir una sola palabra. Descendimos de la rambla al camino, y desde allí pude ver y reconocer el hospital de San Lázaro, al cual yo me había acercado varias veces durante el día, cuando aún no habíamos podido echar el áncla y venir á tierra.

—Supuesto que Vd. se dirige á San Lázaro, observó el sepulturero, acompañaré á Vd. hasta allí; yo estoy alojado provisionalmente en su recinto: Démonos prisa en llegar, que tengo un deber sagrado que cumplir junto á un amigo, que se ha visto en inminente peligro de muerte.

—Sí, apresurémonos, porque yo también debiera estar ya junto á ese amigo de Vd.: mi pobre hermano Antonio.

Detúvose un instante el sepulturero, y me miró con fijeza.

—¡Cómo! exclamó. ¿Sería Vd. el hermano de Antonio?

—¡Sí, nuestro amo.

—¡Es posible, amigo, y Vd. se estaba sin decirme una sola palabra, cuando su hermano nos ha partido el corazón á todos clamando por Vd. en medio de su delirio! ¡Ya se ve! ¿Qué se habría remediado con su presencia? Vamos, viene Vd. en muy buena ocasión. Cuando salí á las seis de la tarde, llevaba ya doce horas de reposo y de sueño tranquilo: si aún permanece en tal estado, el doctor tiene esperanza de salvarle.

De todo quedé instruido con este breve razonamiento. Redoblamos el paso, y dentro de poco estábamos ya á la puerta del hospital. El sepulturero tocó ligeramente una vidriera próxima, y al momento abrióse un postigo de la puerta principal, por donde entramos á una espaciosa galería, que se extendía á derecha é izquierda. El administrador recibió y leyó la boleta que le presenté, y al punto me permitió dirigirme al aposento de Antonio, á donde me guió nuestro amo Germán. Eran dadas las once de la noche.

Es preciso renunciar á manifestarte, amigo mío, lo que experimenté en aquel momento crítico, al cual tocaba yo después de haber recibido tantas y tan fu-

nestas impresiones, y hallarse predispuesto el ánimo á conmoverse. Mi corazón latía con vehemencia, agolpábase la sangre á mi cerebro, faltábame la respiración, sentía entorpecidos los pies y pegada la lengua al paladar. La apariencia interior de aquel vasto y sombrío edificio, la historia viva de dolores y miserias que representaba, el recuerdo de algunas escenas que allí habían pasado, las cartas de Antonio, las memorias de Regino... todo se pintó en mi alma con los más vivos coloridos.

Entramos en el aposento de Antonio.

Reinaba en él un silencio solemne, como el que rodea á un moribundo en sus últimos momentos, cuando todos están pendientes de su respiración, y sólo se comunican por signos y ademanes mudos. En una mesa redonda, colocada en medio de la habitación, ardía una candelá de esperma cubierta con una guardabrisa de cristal morado, que comunicaba á todos los objetos un tinte suave y sombrío. A espaldas de un ligero biombo hallábase el lecho del enfermo, resguardado con hermosas cortinas de damasco. En una poltrona, cerca de la cabecera, dormía tranquilamente un caballero, entrado en edad y vestido con decencia. Un sacerdote estaba de pie, á cierta distancia, contemplando en silencio aquella escena, y elevando seguramente su voz hasta el

trono del Excelso en favor del enfermo.

Este era el capellán: aquel, el Dr. Frutos.

Nuestra presencia en nada alteró el silencio y recogimiento. El cuadro solo recibió nuevos personajes ó figuras, pero ningún movimiento. Arrodilléme al pie de la cama, alzando un tanto las cortinas para contemplar aquel espectáculo.

¡Allí estaba Antonio, nuestro querido Antonio, á quien yo volvía á ver después de su destierro, y de tenerle por muerto! Mis lágrimas corrieron abundantemente.

El capellán cambió unas cuantas palabras con el sepulturero, y en seguida se acercó á mí, me estrechó la mano, y en voz remisa me invitó á pasar á su habitación para tomar un ligero descanso. Resistíme, manifestando que sería mejor que nos dejase el cuidado de velar al enfermo, y se retirase por algunas horas. Permaneció allí; pero echóse en un catre de viento, que había cerca, mientras que Germán y yo quedamos á la guarda del enfermo.

A la una abrió los ojos el doctor, y sin mirarnos acudió luego á tomar el pulso del paciente, en el cual no se notaba otro movimiento que el muy suave y tranquilo que producía su respiración.

¡Va bien, muy bien! Murmuró el doctor después de tres minutos de examen.

Volvió la cabeza al otro lado de la pol-

trona, y siguió durmiendo apaciblemente.

El doctor despertó dos veces más en el resto de la noche, mientras que Germán y yo continuábamos en nuestra vigilia, y siempre dió muestras de satisfacción, porque la mejoría del paciente progresaba.

Venido el día, pude distinguir mejor las facciones de Antonio, que tanto deseaba reconocer. Está flaco, cubierto de una palidez mortal, crecido el cabello, y muy hundidas las mejillas; pero no observé en la piel ninguna de aquellas horribles manchas que dan á los infelices leprosos un aspecto tan repugnante. Sus labios conservaban un ligero sonrosado y su nariz una forma regular. Era, en fin, aquella misma fisonomía interesante, movil y llena de gracia juvenil, sobre la cual el dolor había sentado una mano poderosa, y la melancolía estampado una huella profunda. Tomé una de sus manos, y aunque los dedos mantenían alguna hinchazón, nada ofrecía de chocante: yo cubrí de besos aquella mano querida, mientras que el doliente continuaba en su letargo. Los vivaces ojos del sepulture-ro parecían humedecerse cada vez que se fijaban sobre la fisonomía lívida de nuestro pobre amigo.

El Dr. Frutos, luego que se hubo informado, mientras tomaba el café, quién era yo, me dió la bien venida con cierta

sonrisa de satisfacción que me fué muy consolatoria.

—Celebro mucho, me dijo, que el enfermo pueda verle en el momento en que vuelva del sopor profundo y tranquilo en que fué preciso hacerle caer; y aunque siempre conjeturé que Vd., amigo mio, se resolvería á venir, hablándole francamente, sospeché que este viaje sería inútil y demasiado tardío.

—Tal me había yo figurado, mi respectable doctor, no obstante la ciega confianza que tenemos en los vastos conocimientos que Vd. posee, y en la generosa amistad que dispensa á mi desventurado hermano.

—Aunque lo primero fuese cierto, eso no sería suficiente para combatir una enfermedad grave y mortal, que siempre opone una tenaz resistencia á la sabiduría del médico.

—Pero en fin, ¿puede Vd., señor, darme alguna esperanza positiva?

—Si la sabiduría infinita, cuyos medios siempre son ocultos á la débil é imperfecta inteligencia de los mortales, no deja fallidos los cálculos de la medicina, hemos logrado un completo triunfo. Antonio está fuera de peligro.

—¡Ah! Dios recompense á Vd. esa bondad con que se ha empeñado en la curación del enfermo.

—Agradezco tan buenos y generosos

sentimientos, mi joven amigo. Pero yo nada he podido hacer, sino llenar un deber sagrado: mi deber de médico. Cada enfermo que la divina Providencia pone en nuestras manos, demanda toda la atención, todo el cuidado, todo el amor de que es capaz el médico, para desempeñar fiel y cumplidamente su noble oficio. El que tiene una conducta diversa no es médico, sino un traficante en carne humana. El ejercicio de la medicina es una especie de sacerdocio, al cual no debieran ser admitidos ciertos hombres fríos, duros é insensibles, sobre cuyo corazón no ejerce ningún influjo el dolor ni las miserias de la pobre humanidad, sino sólo la sordida avaricia. Librele á Vd. el cielo de caer en manos de semejantes bandidos.

Mientras el doctor lanzaba este apóstrofe contra los malos médicos, parecía poseído de una terrible indignación, y sus manos temblaban al atarse el corbatín.

—Volviendo á Antonio, continuó algún tanto sereno, espero que hoy terminará este letargo: entonces creo que ya no habrá nada que temer, porque el momento de la crisis ha pasado ya. Voy ahora á visitar algunos enfermos de la ciudad, y dentro de un par de horas estaré de vuelta. Recomiendo á Vd. el propio silencio que se ha guardado durante la noche, y la misma vigilancia con el en-

fermo. Los que han estado en vela tantas noches consecutivas, principalmente este viejo Germán, que procuren descansar. Yo jamás paso una mala noche á la cebecera de un enfermo, sino es que demande la enfermedad tener constantemente el ojo abierto sobre el paciente: mi larga práctica en este ejercicio, me permite dormir, aun teniendo en mi oído el estertor de un agonizante. Con que vigilancia, y hasta la vista.

Marchóse en efecto.

Durante su ausencia, instruyóme el capellán en todos los detalles de la enfermedad de Antonio. En su concepto, algún extraño suceso, diverso del de la fuga infame de su desleal amigo Regino, alguna aventura singular de muy odioso carácter, era el funesto origen de aquella fiebre que le había puesto á la orilla del sepulcro. Lo mismo creía yo; pero mientras él no estuviese en disposición de explicar aquel misterio, todo habría sido duda y vacilación. Yo estaba seguro de que ni el capellán ni el sepulturero sabían ciertos pormenores de que yo estaba enterado: por lo mismo no me atreví á aventurar ninguna reflexión. Escuché en silencio, y me resolví á esperar una explicación de Antonio, si el cielo quería conservarnos su preciosa existencia. El pobre sepulturero, cuya historia sabía yo en gran parte, sin que él lo

sospechase, parecía engolfado en un mar de meditaciones.

A las nueve estaba ya de vuelta el doctor en el hospital. Examinó al enfermo con la mayor atención y escrupulosidad, y nos anunció que al medío día ya estaría terminado el letargo. Cumplióse su pronóstico al pie de la letra, porque entre doce y una Antonio hizo un vigoroso esfuerzo para volverse al otro lado, lanzando un profundo suspiro.

El doctor se frotó con fuerza ambas manos, y dándome al hombro una ligera palmada de satisfacción, me dijo remisamente al oído:

—Bien: perfectamente bien. Ya no hay nada que desear.

—¡Yo, Dios mío, estoy muy cansado: tengo una sed que me abrasa las entrañas! Exclamó Antonio con toda entereza, y en aquel mismo acento firme y sonoro que tú y yo conocemos tan bien.

Intenté acercarme á la cama, olvidándome de lo peligroso que esto podía ser; delicadísima, y no puede recibir imprecuencia; pero la situación de Antonio es

—Tenga usted, añadió, un poco de paque saliese de allí, hasta que fuese tiempo de entrar de nuevo en el aposento, y poder cambiar algunas palabras con el enfermo.

pero el doctor me repelió suavemente, ordenándome, con un poco de severidad,

siones subitáneas. Le prepararemos, y yo haré que avisen á usted cuando sea oportuno: por hoy hará usted muy bien si acepta la habitación del padre capellán, y se echa á descansar de su viaje.

Fué preciso obedecer.

Hasta el siguiente día, enterado Antonio de que yo estaba allí, y amonestado severamente por el doctor á fin de que no hiciese ningún esfuerzo doloroso al verme y hablarme, pude penetrar... ver á mi amigo, y llorar con él... porque yo no pude menos de llorar amargamente, sin poder evitarlo. Mirábanos alternativamente á Germán y á mí: parecía su satisfacción superior á todo lo que podía haber esperado, y derramaba lágrimas en abundancia. Dijele que su padre estaba bueno, que pronto recibiría nuevas muy lisonjeras de la salud de su hijo, y que yo estaba allí para acompañarle; pero que procurase no hablar para no agitarse, y le fuese de modo más fácil recuperar su tranquilidad y serenarse.

Inclinó la cabeza, y estrechó mis manos y las de su amigo el sepulturero.

Su convalecencia ha durado poco, y hace hoy cinco días que el doctor sólo hace una visita en las veinte y cuatro horas, y le ha permitido conversar con entera libertad, encargándole únicamente que guardase el encierro de su cuarto por algún tiempo más.

Voy ahora á darte cuenta de la revelación que debo á Antonio, acerca de aquel extraño suceso que fué origen funesto de su enfermedad.

—Manuel mío, díjome antes de ayer: yo estoy amenazado de algún grave peligro.

—No vuelvas á preocuparte, mi querido Antonio, le repuse. Tu imaginación exaltada te habrá hecho ver peligros en donde no hay cosa que valga la pena. Ya ves cuánto mal te ha causado esto. En el día estás bueno, descansas en el seno de la más tierna amistad, y mil ojos te guardan y te protegen. ¿Qué peligro puedes temer?

Antonio me suplicó entonces que cerrase con llave la puerta del aposento, porque iba á comunicarme un asunto reservado é interesante, y no quería ser interrumpido. Estos preparativos me hicieron sospechar ligeramente que aún no estuviese bien sentado su cerebro. Luego prosiguió hablándome en un tono enfático.

—¡Ah! escucha y comprende cuál es mi temor. He visto á Juan Cruyés, el vil corruptor á quien debo todas mis desgracias.

—¡Si por ventura te hubieras preocupado, mi querido Antonio, y una fatal equivocación...

—¡Oh, no, imposible! Los rasgos de

su fisonomía están hondamente grabados en mi alma: su voz, su acento, sus ademanes... todo lo he visto y oído. ¡Yo no he podido equivocarme! Además, si alguna ligera sombra de duda pudiera haberme impedido ver con toda claridad en este asunto, hay otra circunstancia más horrible todavía que la infernal aparición de Cruyés. También he visto... ¡Aún me estremezco al recordarlo!... También he visto á Paulina y á Juanita, las infames cómplices de aquel desalmado pirata.

Traslucíanse en la frente de Antonio el asombro y el terror. Yo me enternecí escuchando su relato, y temiendo que su débil salud se alterase de nuevo.

—Sí: prosiguió. Esa escoria vil é inmunda, esa reunión de bandidos, está en Campeche. Los perversos son recibidos en una sociedad que infestan con su presencia y emponzoñan con su aliento.

Antonio, con aire distraído, permaneció algunos momentos sin hablar. Luego prosiguió:

—Una mañana, la del día en que yo caí enfermo, hallábame junto á esa ventana mirando, casi sin reparar en ello, el mar y la carretera de Lerma. Sacóme de mis meditaciones el ruido de varios carruajes que pasaban acompañados de muchas personas á caballo. Yo me figuré naturalmente que un día de campo en buena compañía de amigos, sería el obje-

to; y no volví á pensar más en el asunto, pues había pasado en mi mente como desapercibido. Tan olvidado me hallaba del suceso, que por la tarde, viéndola tan serena, encaminéme á la hacienda Buena-vista, sin sospechar que las personas que en la mañana pasaron por frente del hospital, pudieran haberse dirigido á aquel sitio. Entregado á mis téticas meditaciones, fuíme acercando distraído hasta las tapias de la finca, cuando una voz vino á herir mi oído, y á penetrar hasta la médula de mis huesos, como un hierro candente que hubiése taladrado y dilacerado todas las fibras del corazón. Alcé los ojos...

—Y bien, acaba.

—Pues bien: mis ojos se fijaron en un objeto horrible, cuya presencia me dejó petrificado. Yo ví al mismo Juan Cruyés en persona, que se paseaba de braceo, por aquellas avenidas, con dos jóvenes caballeros.

—¡Oh, es imposible tamaña audacia! exclamé.

—¡Imposible! repuso Antonio. ¡Imposible y le he visto ¡santo cielo! tan cerca de mí! Lo mismo habría creído si del hecho no tuviese una certidumbre tan incontrastable. Oculto detrás de algunos árboles, quedé como clavado en aquel sitio, siguiendo con la vista fascinada todos los ademanes y movimientos de aquel

hombre de Satanás. Vile encaminarse á un corredor en que había varios grupos de señoras y caballeros: entre las damas hallábase Paulina y Juanita.

—Esto es horrible.

—Pues lo que hay para mí de más horrible todavía, es saber que esas harpías y ese brutal Juan Cruyés eran el objeto de aquella fiesta rústica dada en honor y obsequio de tan famosos criminales. Mi cabeza era un mundo en aquel instante, según la multitud de ideas y proyectos que me asaltaron de improviso. Quise delatar aquellos malvados al ódio y al desprecio de las gentes que engañaban, publicar sus crímenes horribles, y justificar en el acto mi acusación presentando su víctima á la vista de todos, resuelto á arrostrar las consecuencias de un escándalo semejante. Luego pensé que sería mejor darles muerte, y librar al mundo de su odiosa presencia, aunque el resultado fuese perecer en un patíbulo. Apoderóse de mí tan horrible tentación en un raptó de delirio: todos los sentimientos religiosos desaparecieron: las pasiones gritaban alto. Corrí á buscar unas pistolas que yo tenía aquí... y Dios por su infinita misericordia quiso preservarme de aquel negro abismo: la comitiva pasó junto á mí, antes que yo hubiese alcanzado el hospital. Juan Cruyés y sus dos mancebas volvieron á presentarse á mi

vista; y se realizó al punto una metamorfosis completa en mis afectos. En vez de ira, comencé á experimentar temor y angustia... Apenas recuerdo lo que después ocurrió, porque yo estaba realmente fuera de mí.

Tan admirado quedé al escuchar aquel extraño relato, que permanecí en silencio contemplando por mucho tiempo las miradas de Antonio, para ver si descubría en ellas algún signo de locura. Su aire de seguridad y convicción me demostró que en todo lo que había escuchado sólo había verdad y cordura. Entonces subió de punto mi asombro.

Por fin, hemos quedado de acuerdo en que partiré mañana para la ciudad, estableceré mis relaciones con todas las personas á quienes vengo recomendado, y haré forma de averiguar con destreza todo lo que hubo en el suceso de Buenavista. Reflexionaremos después cuál será el partido que adoptaremos.

Tal es lo que por hoy ocurre, mi querido amigo. Procura ilustrarnos con tus consejos; que yo te daré cuenta de lo que sobrevenga.

Ponme á los pies (Q. B.) de tu amable y modesta María: recibe mil finos recuerdos de Antonio, y el sincero afecto de tu amante amigo.



CARTA XX.

MANUEL A MELCHOR.

S. Lázaro, 15 de Agosto de 1824.

Muy querido amigo. No he podido dispensarme de venir á pasar algunos días á casa del apreciable D. N**, nuestro antiguo corresponsal en Campeche. Esto ha servido perfectamente á nuestras miras; y al aceptar la invitación con que fuí honrado, no he hecho más que obsequiar la decidida voluntad de Antonio, en cuyo favor esta familia ha empleado los más delicados miramientos. Además, yo he impuesto la condición de que por la noche se me permitiera volver á San Lázaro, á pasarla junto á nuestro amigo; y aunque no faltan sus escrupulillos sobre esto, porque al cabo no todos pueden ven-

cer la arraigada preocupación que existe contra los lazarinos, sin embargo, la condición ha sido aceptada, y es así como yo permanezco en la plaza, hasta que la situación de Antonio me permita volver á Mérida, á cuidar de la triste y solitaria existencia de D. Pablo.

Sensible me es entrever que esa situación de nuestro pobre amigo presente un carácter funesto. Hállase enteramente libre de la última enfermedad, y ha emprendido de nuevo, hace tres días, sus excursiones fuera del hospital; mas sus miramientos y ademanes llevan algo de sombrío y terrible. Engólfase á menudo en misteriosas pláticas con el sepulture-ro: sus ausencias, según me ha referido el capellán, son prolongadas; y sus maneras bruscas están indicando que algo de extraordinario pasa dentro de aquel cerebro ardiente. La duda, la funesta duda, que es como un cáncer roedor cuando se apodera de un corazón susceptible, está hoy ejerciendo un formidable influjo sobre nuestro desgraciado amigo. ¡Sospecha que no está leproso! y así al verle encerrado en el hospital de San Lázaro, condenado á un perpetuo destierro, muerto civilmente y reducido á alternar con otros infelices cuyo solo aspecto infunde horror, juzga que se ha cometido contra él un acto premeditado de la más atroz injusticia, y se cree con derecho á mal-

decir de la sociedad y de la tiranía que impunemente ejerce, porque se encuentra apoyada en la fuerza.

Pues bien, me decía anoche sacudiéndome con violencia el brazo, é hincando en él sus dedos cual si fuesen tenazas: pues bien, si la sociedad emplea su fuerza brutal contra un individuo indefenso, quédame el derecho á salvo: puedo y debo "insurreccionarme" para combatir un despotismo tan odioso.

Paréceme excusado decirte que no he permanecido indiferente al escuchar semejantes especies, y que las he combatido con calor porque si llegasen á arraigarse, sabe Dios los funestos resultados que esto produciría. Sus ideas religiosas, sus nobles y elevados sentimientos, su fe misma, experimentarían entonces una completa revolución. No hay remedio: aquel billete funesto de Regino ha emponzoñado la existencia de nuestro pobre amigo, engendrando en su ánimo esperanzas quiméricas, y minando la base de su fe y resignación. Todavía ese joven maligno ha de causar mayores males en el mundo, que los esparcidos en el principio de su fatal carrera!

Nada quiero decirte por hoy acerca de mis pesquisas y averiguaciones sobre el suceso de Buenavista. Estoy en buen camino, y confío que llegue al término que me he propuesto. Basta que sepas que